

La lucha femenina  
contra el fascismo

# MUJERES en las tormentas



POPULAR



Galo Mora Witt

COLECCIÓN POPULAR

775

MUJERES EN LAS TORMENTAS

GALO MORA WITT

# Mujeres en las tormentas

Primera edición, 2020

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Diseño de forro: Neri Ugalde

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

**ISBN 978-607-16-6784-7** (ePub)

**ISBN 978-607-16-6707-6** (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

## ÍNDICE

- I. *Con Marlene Dietrich en Berlín*
- II. *Aleksandra Kollontái: Helsinki y pasiones bolcheviques*
- III. *Lillian Hellman en Nueva Orleans*
- IV. *Concha Michel en México*

*Bibliografía*

El único deber que tenemos con la historia es reescribirla.

OSCAR WILDE,  
*El crítico como artista*

*A Berthita, Chechi, Gabriela y Luna*

## I. CON MARLENE DIETRICH EN BERLÍN

TRÉVERIS, la ciudad más antigua de Renania, en la que nació Marx, debía ser el escenario para iniciar la ofensiva francesa contra Prusia en 1870, de acuerdo con los preceptos del mariscal Ney; no obstante, Napoleón III, al desechar aquella estrategia, optó por una fuerza tripartita desplegada en el Rin, Alsacia y Chalons. Los prusianos incorporaron el telégrafo, los ferrocarriles y los fusiles Werder que portaban sus aliados bávaros, además de sus armas de retrocarga Krupp. La implementación tecnológica fue fundamental para obtener la victoria en esa guerra que duraría un año y sería causante de millares de víctimas, orfandad, desolación y, en algunos casos, forzosa o voluntaria migración.

Garibaldi participaba en la batalla de Dijon, mientras un aterrado Edgar Degas cargaba bailarinas y al *diablo verde*, la absenta, para ir a parar, junto a su hermano René, en la casa familiar de Nueva Orleans; Rimbaud, a sus 16 años, escribió un texto sobre la efigie del victorioso canciller alemán: "Triunfante, Bismarck ha abarcado con su índice la Alsacia y la Lorena. ¡Oh, cuántos delirios de avaro, bajo su cráneo amarillo! ¡Qué deliciosas nubes de humo emite su pipa feliz!".<sup>1</sup>

Ernst Witt Jorjan, a pesar de pertenecer al bando de los vencedores, decidió, junto con toda su compañía de soldados, escapar de aldeas devastadas y del infierno de tramas y *vendettas*, convirtiéndose más en objetor de conciencia que en desertor.

Sin rumbo cierto, Witt partió hacia el continente americano porque la fiebre del oro, desde California y los montes Apalaches hasta Perú, condujo a la masiva peregrina-



ción de trabajadores europeos a la conquista de un nuevo Dorado. Por esos años Engels escribía que las fuerzas motrices de la humanidad eran la religión, la guerra y la migración, y sin jamás haber leído *El manifiesto comunista* ni *La sagrada familia* —al menos eso presumo—, quien habría de ser mi bisabuelo fue a dar a sus 22 años a Norteamérica y luego a tierra ecuatorial, cumpliendo inconscientemente la sentencia de Engels.

Germano ancestral, solía inventar artefactos, que en su caso incorporaba el manejo de la prensa hidráulica, de la astilladora para leña o de las palancas para almazaras, aunque en el equinoccio jamás produjo aceite de oliva. Su sapiencia podía observarse en el enorme arsenal de artilugios que portaba en su viejo carril color caqui y el *chimbuzo* verde oliva que cargaba sobre su metro noventa y cuatro de estatura: lupas, bicarbonato, ácidos, colorantes, pipetas, yarda plegable de latón, yunque, bilabarquín, plumadas, escarpa, voltímetro de madera, alicates, gubia, azuela, soldador de estaño, cono y red jama de tul para atrapar lepidópteros.

Como entomólogo clasificaba orugas y mariposas que reposaban en el *Schmetterlingsgarten*, como llamaba al mariposario de aquella antigua casona en la que trajiné buena parte de mi infancia y que él, como sobreviviente de una guerra, había construido con soberado habitable y sótano revestido de barras de plomo.

Ernst Witt creó el primer estudio fotográfico en la ciudad de Loja, Ecuador; fundó la Cervecería Ideal, inventó cedazos de fibra para lavar oro, dibujó a mano mapas de las zonas auríferas, diseñó una pequeña factoría de hielo y otra de molinos de grano, y concibió la tintorería que sería prolegómeno de los almacenes dirigidos años más tarde por su hija mayor, Matilde, a la que recuerdo con devoción, porque mi madre, Bertha Witt, me llevaba de la mano casi todas las tardes a visitarla y a escuchar, entre anilinas y de relancina, las historias que alimentaban un orgullo no exen-

to de vanagloria, más aún si consideramos que la vanidad cuando es hija de la derrota es tristonera, pero altiva. Mi tía abuela, Titita le decíamos, legó la artritis gotosa a muchos familiares, y un montón de historias que el infante que me habita intenta develar en estas breves páginas. Los recuerdos son difusos o imaginados, y al asumir esa bruma, al tratar de describir cómo eran esas visitas, la memoria de un incommensurable berlinés llena mi espacio y su tinta reemplaza cualquier intento del yo narrativo:

En las vivencias de los niños de aquella época imperaban todavía las tías que ya no salían de sus casas y que siempre que aparecíamos con nuestra madre a hacerles una visita nos habían estado esperando y, desde la ventana del mirador de siempre, sentadas en la mecedora de siempre, nos daban la bienvenida, vestidas siempre con la misma cofia negra y con el vestido de seda de siempre. Como hadas que animan todo un valle sin jamás bajar de él, ellas regentaban calles enteras, sin aparecer nunca por las mismas.<sup>2</sup>

Cuando voy a Alemania lo hago con la conciencia de que algún hallazgo podría develar rasgos inexplorados de mi génesis. Como en otras lenguas, los apellidos son derivaciones de oficios, como el molinero Müller, el pescador Fischer, el sastre Schneider, el albañil Maurer; en otros casos fueron las características físicas las que determinaban la identidad: el pequeño Klein, el pelo ondulado Krause, y Witt que quiere decir blanco, pero no en alemán, como me comenta Milena, que vive en Berlín desde hace 30 años, sino en Plattdeutsch, es decir, el dialecto del alemán del norte.

Por fortuna soy mestizo de pies a cabeza, así que, más allá de la referencia, el tema no tiene más trascendencia que su traducción formal, aunque quizá ese blanco sirva para, en contraste con el negro, pasar al papel este antojo por

develar y escribir *cosas de poca importancia*, como dijo León Felipe.

*Mr. Witt en el cantón* se llama la obra de Ramón J. Sender, pero el protagonista, el ingeniero Jorge Witt, es inglés, destinado a La Maestranza en Cartagena, y las escenas de celos con su esposa, Milagritos Rueda, no son ajenas a experiencias que he visto y vivido en los Witt de carne y hueso. Jorge Witt es británico, pero no es improbable que algún astuto hamburgués haya dejado su simiente en Gran Bretaña y le hubiese legado su apellido. Los conozco, y por ello puedo dar fe de su poligamia peregrina. *Mr. Witt en el cantón* es una novela, y ya no es posible insinuar al loco Sender, muerto en 1982, que nos entregue una saga o la genealogía de un personaje de ficción.

En Berlín residen familiares a quienes amo y otros a quienes no conozco. También por Potsdam, Friburgo y Heidelberg han paseado los primeros a la caza de su formación cinematográfica, arqueológica y filosófica, y de cada encuentro con ellos se desprenden imágenes, paisajes, fotografías, añoranzas y abrazos. En Charlottemburgo, por ejemplo, junto con la cineasta, la arqueóloga y mi hija, pasamos horas observando el firmamento, el mismo que fuera escenario del arribo de aviones de la aviación británica que detonaron sus bombas sobre Berlín. La cineasta produce documentales con extrañas temáticas para la Deutsche Welle; la arqueóloga escribe su ensayo *Poder político y organización social en las sociedades originarias*; el filósofo, quien me escribió en días agónicos un mensaje firmado con fuego, causante de un llanto tanguero, trabaja en una tesis doctoral sobre la influencia de Kierkegaard en Nietzsche y Heidegger, y mi hija mayor, que ahora reside en Bedford, Gran Bretaña, es una apasionada defensora del pueblo palestino. Primos y allegados residen en Berlín desde hace décadas y algún ocasional encuentro rememora juegos o estancias bucólicas de la niñez. De los otros parientes es

más fácil elucubrar sus vidas, porque al ignorarlas, todo depende del magín y la ventriloquia.

Henry Witt, comerciante y diarista, nos legó 13 tomos de la historia del Perú, país en el que vivió décadas, y su testimonio personal es motivo de consulta por ser reflejo de la cultura decimonónica peruana; Katarina Witt, la más grande patinadora de la historia contemporánea jamás traicionó a sus mentores de la República Democrática, y aunque confesó haber sido sometida a espionaje durante sus años de estrellato, dijo hace poco tiempo que no se arrepiente de haber representado a Alemania Oriental en las Olimpiadas. Otro patín es el de Silke Maier-Witt, la activista de la RAF, Fracción del Ejército Rojo, responsable en 1977 del cautiverio y asesinato de Hans Martin Schleyer, presidente de la patronal alemana, y que ahora, retractada de su fanatismo, ha pedido disculpas a la familia de la víctima. Huelga decir que sólo compartimos apellido, porque los Witt, de origen diverso y consecuente genealogía heterogénea, se extienden por toda Alemania.

El soldado Robert Witt, de *La delgada línea roja*, filme de Terrence Malick, fue interpretado por Jim Caviezel, el mismo actor que hizo de Jesús en la película de Mel Gibson. El soldado Witt, a diferencia de su compañero Staros, no podía comprender cómo en medio del cataclismo de la guerra es posible que alguien invoque a Dios mientras se limpia la sangre de los galones.

Ernst Witt, llamado como mi bisabuelo, profesor de matemáticas en la Universidad de Hamburgo, se especializó en los Anillos de Lie, método aplicado a los grupos finitos, en materia francamente imposible de comprender para inútiles en las ciencias exactas, entre los que me cuento. En Madrid contactó a María Wonenburger, matemática brigantina, con quien intentó desarrollar un proyecto de intercambio entre las universidades de Madrid y Hamburgo, el cual resultó fallido por ciertas normativas universitarias en-

tonces regidas por catedráticos cercanos a la Falange y a Franco.

El profesor Ernst Witt solía silbar una canción que escuchó a lo largo de la contienda de la segunda Guerra Mundial. El tema musical se llamaba "Lili Marlene", y recordaba que la versión más difundida era interpretada en alemán por la cantante Marlene Dietrich, quien no tenía parentesco alguno con Otto Dietrich Zur Linde, torturador y criminal, quien, frente al jurado, asumió su culpa, pues había asesinado a David Jerusalem, no para destruirlo, sino para destruir su propia piedad: "Lo importante es que rija la violencia, no las serviles timideces cristianas", pronunció con el envanecimiento implacable de su nazismo aterrador. Otto es el personaje de "Deutsches Requiem", de *El Aleph*, de Borges, y aunque seduce la posibilidad de indagar en la biografía de una sombra maldita, no es su epopeya maligna la que me convoca, sino su apellido y las historias tejidas alrededor de él, y, en particular, de la intérprete de "Lili Marlene".

Recorreré Berlín con el propósito de encontrar las huellas de Marie Magdelene Dietrich von Losch, musa de la mitad del siglo XX, quien, con frac de hombre y piernas que parecían faena de un tornero de Mannheim, caminó varias décadas sobre la alfombra de sangre y rubí que el espectáculo puso a sus pies. Escenarios y celuloide la enarbolaron con el nombre Marlene Dietrich, nacida el 27 de diciembre de 1901 en Berlín-Schöneberg.

El apellido Dietrich deriva quizá de *diot rihh*, *pueblo rico* en antiguo germano, pero desde el Medioevo, y presuntamente por el argot utilizado por los maleantes, *dietch* se traduce como ganzúa, y ese artilugio utilizado para destrabar cerraduras mecánicas no servirá para abrir la caja de caudales de la actriz, sino algunos misterios, soledades, amoríos y su inquebrantable voluntad y acción antifascista.

Marlene Dietrich fue, junto con Greta Garbo, la primera diva universal de la cinematografía. Sus prosélitos afirma-

ban que el nombre artístico Marlene era una especie de crisis que combinaba los de Marx y Lenin, mas su familia contrastaba al decir que sólo era la combinación de sus dos nombres.

Las clases de violín que estudió en la adolescencia marcaron su gusto por la música, a la que consideraba el trapezico desde el cual volaría por las carpas del mundo mostrando su temperamento y su cuerpo largo y ligero. Entregó su virginidad al profesor que en ocasiones interpretaba la viola. Trabajó como dependienta de los almacenes KaDeWe y asistía regularmente a los estudios de cine Babelsberg en búsqueda de papeles secundarios.

Tocaba también el piano, el serrucho y cuando interpretaba la guitarra colocaba sus piernas en una posición incómoda, pero extremadamente coqueta. Medía un metro sesenta y ocho centímetros, cuando la estatura promedio de la mujer europea de entonces era de no más de un metro sesenta, y el dato cobra sentido al hablar de la historia antropométrica como índice del nivel de vida biológico. No obstante, su padre, el teniente de policía Louis Erich Otto Dietrich, murió cuando Marlene tenía seis años, y su madre, Wilhelmine Elisabeth Josephine Felsing, de familia de relojeros, se casó en segundas nupcias con Von Losch.

Con una educación rígida por parte de su madre y padrastro, y la complicidad afectiva de su abuela, quien se encargaba de nutrirla de encantos y recursos de seducción, Marlene se encumbraría en la cima del glamur de los años treinta.

Leía con avidez novelas de los hermanos Mann, de Alfred Döblin, la poesía de Goethe, Hölderlin y Heine, así como los dramas de Schnitzler y Hofmannsthal. Apasionada por el ajedrez, llegó a pactar partidas con Emanuel Lasker, el campeón del mundo, y lloró cuando éste perdió su reinado en 1924 frente a la genialidad del cubano José Raúl Capablanca. Lasker debió abandonar Alemania cuando se inició la persecución a los judíos. Fotografías de camerinos y

plató muestran a la diva, emperifollada, con esa mirada lánguida, con su inseparable arcidriche sobre atrezos y decorados.

A los 20 años Marlene ingresó a la escuela de arte dramático de Max Reinhardt, mientras en las noches participaba en funciones de cabaret como corista. En la escuela de Reinhardt compartió clases con Emmy Sonnemann, actriz mediocre que más tarde sería la "sublime señora" de Göring. Sus compañeros de escena recordaban a Dietrich con su atuendo estrafalario que incluía mascotas, golos de lentejuelas y boas confeccionadas en plumón bordado. En la adolescencia, tras la muerte de su padrastro, residió en casa de mujeres, con su madre y su hermana. Su mirada cansada, con guiños seductores, no pasó desapercibida para institutrices que provocaban a jovencitas que, como ella, consentían complacidas caricias y besos. Su primera relación lesbiana la mantuvo con la profesora y periodista Gerda Huber, quien también la inició en la lectura del marxismo.

Se despertó en ella una bisexualidad activa que la llevaría durante décadas por camastros, camarotes, alcobas, hamacas, camerinos, bares y tabernas. "En Alemania no distinguimos géneros cuando se trata del placer", dijo una vez, enfrentando la maledicencia perniciosa de puritanos o envidiosos. Aún la demencia hitleriana no había tomado el poder y su ciudad era escenario para el pecado consentido.

Berlín era un hervidero de judíos que de la orfebrería pasaban rápidamente a la banca; de gitanos que deambulaban con sus carricoches exóticos y lastimeros; de estibadores, ferroviarios, obreros e hilanderas, que invocaban su derecho a la huelga ante condiciones esclavistas, con jornadas de trabajo de 16 horas.

La otra cara la mostró el arte, que lució periodos de esplendor, sea por la resaca brutal, por la imperiosa necesidad de volver a vivir, o por el talento desbordado de crea-